

Shentalinski, Vitali (2021). *Mi Amor, La Osa Blanca*. Barcelona: Galaxia-Gutenberg.

JUAN IGNACIO TORRES MONTESINOS, *Traductor e Investigador Independiente*
juignatorres@gmail.com

Received: December, 13 2022.

Accepted: December, 31 2022.

Como ejemplo de escritura sobre la naturaleza o *nature writing*, *Mi Amor, la Osa Blanca* es un libro que narra la participación de su autor, Vitali Shentalinski, en la expedición científica emprendida a la isla de Wrangel en 1972. El texto, contado en forma de diario, es un relato de viaje donde se describen las vivencias en esta lejana isla del Océano Glacial Ártico. Una parte de los textos del escritor se titulan *El Diario Polar*, consagrado a su notas en los territorios árticos. *Mi Amor, la Osa Blanca* pertenece a este diario y fue publicada separadamente y con fotografías.

Vitali Shentalinski (1939-2018) fue periodista y realizador de documentales e investigó en los archivos del KGB los expedientes de significados escritores, entre los que cabe citar a Isaac Babel, Anna Ajmatova, Andrei Platonov y quienes llegaron a ser galardonados con el Premio Nobel de Literatura, Boris Pasternak y Mijail Sholójov. Su labor se publicó, entre 2005 y 2007, en la trilogía compuesta por *Esclavos de la Libertad*, *Denuncia contra Sócrates* y *Crimen sin Castigo*.

El viaje a la isla de Wrangel estaba compuesto solamente por dos personas; junto a Shentalinski se hallaba Stanislav Bielikov, reputado investigador de las condiciones de vida de los osos polares. Por ello, el objetivo científico del viaje fue recabar información sobre dicho animal y su hábitat en la ignota isla. Shentalinski se unió con el propósito añadido de aspirar al conocimiento cuasi pleno de un lugar donde ya residiera en una estancia anterior de tres años como operador de radio en 1960. Tras regresar a la isla en las oportunidades de que dispuso, en este viaje volvía a sentir las sensaciones del Ártico.

En aquel momento, la isla de Wrangel era un territorio bajo la jurisdicción de la URSS que Shentalinski define como la “casa de maternidad” del oso polar más importante del planeta. Hoy en día se encuentra en la Federación Rusa adscrita al distrito autónomo de Chukotka. Hasta allí se trasladan los expedicionarios en febrero de 1972, en un periplo que comprende hasta su vuelta a Moscú en abril. Tras las sucesivas misiones científicas, se creó una Reserva Natural que engrosa la relación de Lugares Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO. En la descripción del medio natural realizada por Shentalinski, la isla se muestra como ejercicio sin confines, característico de la tundra, en cuya narración predominan el mar, los montes y los vientos. El carácter aislado y casi utópico del enclave natural se reafirma con la contemplación única de los planetas y estrellas en el cielo. En el relato de esta naturaleza adquiere significación el contacto del ser humano con los animales. No se trata de un retrato de animadversión mutua sino de acercamiento. El contrapunto al discurrir sereno de la naturaleza es la condición del ser humano. Alejado por voluntad propia de su medio y costumbres, ha de rehacerse en el encuentro con la pureza desconocida del medio natural. Se descubre expuesto ante el “silencio insólito” de la isla (p. 115), en asonancia con el canto del

búho polar. El rigor meteorológico es constatado en la personificación del frío indómito, quien, mediante sinónimos, “asedia”, “repta”, “acecha” a los llegados desde la capital soviética. Al respecto, Shentalinski manifiesta en *Mi Amor, la Osa Blanca* el propósito de “aprender de la naturaleza” (p. 61). Los expedicionarios han de rastrear en este paisaje el ecosistema del oso polar, animal en peligro de extinción e incluido en la Lista Roja de Especies Amenazadas de la UICN (Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza). Shentalinski cuenta los sucesivos nombres que conceden a las osas que encuentran tras el periodo de hibernación. *Sorprendida* y *Madonna*, esta con dos oseznos, posibilitan que el escritor admire “la fiesta de la maternidad y la infancia” (p. 108) e intente, a la postre, comprender “la percepción del animal sobre los humanos” (p. 101). La lectura del libro permite entender al oso polar como “símbolo del Ártico” (p. 152); es decir como la especie representativa del destino viajero y símbolo de dicho viaje. Más aún, el oso es personificado como un “vagabundo”, equivalente a la aventura del escritor en el entorno de Wrangel ya que “el osezno ve a la osa como una isla” (p. 107). Es el símil de la isla como un núcleo omnicomprendivo de geografía natural, oso y ser humano. En dicha tríada, el ser humano es el recién llegado que basa su estancia en la transitoriedad del viaje y, a diferencia del oso y su geografía, ha previsto regresar.

Sin embargo, no llega a difuminarse la condición social del viajero a la isla de Wrangel. El enclave no es narrado como el lugar despoblado característico de este género literario, donde trata de refugiarse el viajero. En la búsqueda de la naturaleza, Shentalinski constata la imposibilidad del ser humano de sustraerse a su procedencia. Él se presenta incapaz de desconocer lo que ocurre en su actualidad coetánea. En el texto se informa de la hegemonía de la URSS en la esfera geoestratégica de la época. En plena expedición, el autor conoce de otra prueba nuclear acometida por China. Las noticias provenientes de la radio atenúan el aislamiento. Así conoce el proyecto de viaje lunar del cohete Apolo XVI, la compra soviética de trigo estadounidense y la negativa a que Alexander Solzhenitsyn reciba el Premio Nobel de Literatura en suelo soviético (p. 132).

En su categoría de relato de viaje, *Mi Amor, la Osa* sugiere una reflexión en torno a la motivación del periplo. El escritor y viajero hacia la isla de Wrangel se embarca hacia un destino remoto, en plena naturaleza, con un propósito de investigación científica que redunde en el beneficio de una especie en extinción. Frente a dicha motivación, Shentalinski describe una “expedición de turismo extremo” que llega hasta su lugar de acampada y toma fotografías a la vez que hace acopio de souvenirs (p. 146).

En este contexto, el libro *Mi Amor, la Osa Blanca* relata no tanto las peripecias del viaje para llegar cuanto la relación con la naturaleza. La isla opera como “última frontera”, tanto cartográfica como personal. Su anhelo de desplazarse hasta la isla se basa en la intención de repetir una estancia anterior cuya idea era llegar al lugar más lejano. De la visita precedente, el autor confirma su apreciación de que “todas las cosas estaban en el exterior y unas pocas dentro de mí” (p. 71), con lo que esta nueva expedición afianza el hecho de que el viaje no es sólo el desplazamiento al lugar sino un trayecto evolutivo de la persona y las vivencias del destino se afianzan en el ser del escritor. Pese a ser un enclave soviético reconocido en los mapas, la descripción de Shentalinski concentra el lejano aislamiento geográfico con la voluntad de aprehender lo desconocido. Por ello, el escritor habla de “un descubrimiento del mundo y de mí mismo” inherente al viaje (p. 117). Reside ahí la contribución al género del relato de viaje puesto que, unido al periplo, se encuentra el ánimo de contarlo. Una vez en

el destino, el relato incorpora el rasgo científico de exponer la pervivencia de la osa polar en dicha latitud y las labores de los expedicionarios. Asimismo, la dualidad viajero-escritor recoge la pulsión literaria de Shentalinski mediante las reflexiones sobre la escritura del libro en el interior del *balok* o cabaña refugio de madera, al resguardo de la noche y los extremos climatológicos. En esta clausura, el escritor recurre a los versos de Rainer María Rilke y Axel Munthe. Añade a este equipaje sus “sueños con poesía” y la alusión a un anterior libro propio de poemas recogidos en la entrada al diario de 29 de marzo. Al regreso a la capital moscovita, comenzada la primavera, se predispone a integrar el momento urbano con la reciente estancia en la isla. Evocará a los pájaros para contrastar al escribano nival y al gorrión polar. A pesar de este retorno a su lugar, el libro de viajes no sólo narra las vivencias en el destino. Reverbera la presencia que la isla ha mantenido en su persona. Shentalinski se interroga por la incesante vuelta a “sus recuerdos y su vida” (p. 71). La carencia de respuesta contradice el latido evanescente que el autor refleja en las líneas correspondientes al 21 de abril: “La Isla se aleja lentamente y va desapareciendo poco a poco tras el horizonte”. La geografía deja de ser percibida y se incorpora a la sentimentalidad del viajero-escritor.

El libro contiene un Epílogo fechado en 2018 que cabe entender como el regreso del viaje que Vitali Shentalinski emprendiera en 1972. Al cabo del tiempo, se ha atenuado la sensación de distancia y de traslado a una isla remota. No se aprecia melancolía ante el recuerdo del viaje narrado en el diario. En su lugar, un vértigo reviste de incredulidad la opinión del escritor ante la situación medioambiental de la Tierra. Si en la época de la expedición el peligro de extinción procedía del ser humano, casi medio siglo después esta potencia recae en el calentamiento global y el consiguiente deshielo. El viaje ha contribuido a la escritura de un diario y permite a Shentalinski descorrer un imperativo ético de preservación del medio natural. También ha hecho posible que la localización del Valle de los Gnomos figure en los mapas. Vitali Shentalinski cierra el libro declarando que sólo su compañero de viaje, Stanislav Yegorovich Bielikov, y él mismo conocen el origen del topónimo.